

aspiraciones de las mencionadas sociedades llegaran á cumplirse! ¡El Señor no quiera tal! Pero si de los efectos hemos de subir á las causas que los producen para poder indicar el remedio, ya que la curación, si ha de ser rápida, eficaz y total, no ha de atender á los efectos de la enfermedad sino á sus causas: evidente es que las causas que han producido males tan hondos y aspiraciones tan fatalmente radicales no son más que la ignorancia de los deberes religiosos, la depravación de costumbres, debido á aquélla, y la falta de punibilidad en la propagación continua del error; esto último corresponde á los gobiernos, aquélla á todos y á cada uno de los individuos.

¿Quieren los socialistas conseguir notablemente la verdadera y única posible igualdad? Jesucristo Sacramentado es el camino. *Ego sum via*. Que no se va por el camino de la revolución á obtener utopías contradictorias y por consiguiente absurdas; sino que por Jesucristo, y mediante la humildad y la resignación, se va al triunfo real de la igualdad social. ¿Creéis que esto no es así? El Apóstol enseña que por Jesucristo y después de Jesucristo ya no hay más libre y esclavo, hebreo y gentil, hombre y mujer, (1) sino que todos son iguales ante Dios, pues todos son hijos de Él y coherederos con Cristo y herederos de su gloria. Jesucristo, desde el momento en que se nos da uno mismo á todos en Comunión, sin establecer diferencia de condiciones, sexos, edades y categorías, nos ha enseñado y nos da el remedio de la igualdad.

¿Quieren los comunistas que por medio de una libertad santa sean todas las cosas comunes? Jesucristo Sacramentado es el camino. *Ego sum via*. Que no se va por las veredas de la inmoralidad y de lo imposible á lograr un mal entendido comunismo cual el de los sectarios, sino que por Jesucristo, y mediante la práctica de sus virtudes sacramentales, se va á la posesión de todas las cosas para que todas sean de todos. ¿Creéis que esto no puede ser así? Recordad que

(1) Ad Galat. 3, 28.

el evangelista asegura de los primitivos fieles que tenían un solo corazón, una sola voluntad y una sola alma, y que todas las cosas comunes les eran (1), en cuanto que el necesitado encontraba en el que tenía, y éste abría franca y alegremente sus tesoros á aquél; doctrina que todavía es la misma y que nos enseña el Salvador en el Sacramento, dándose todo entero á todos, siendo pródigo y riquísimo con los que le piden. Y si es evidente que (2) los primitivos cristianos vendían sus posesiones y haciendas y las repartían á todos conforme á la necesidad de cada uno, empero esto era libre en cada cual, como lo es hoy, no ley como los comunistas intentan imponer á todos los hombres.

¿Quieren los anarquistas por unos medios legítimos purificar la atmósfera pestilencial del mundo para reinar triunfantes sobre él? Jesucristo Sacramentado es el camino. *Ego sum via*. Que no se va por las veredas del odio, de la injusticia y del crimen á recabar nada estable, nada humano, nada justo; sino que por Jesucristo, y mediante el conocimiento de sí propio y de la paciencia se llegará á triunfar de los males contemporáneos. ¿Creéis que esto no es así? ¡Ah! Los más grandes santos encontraron á la sociedad de su tiempo tan engolfada en la injusticia como pueden estarlo las sociedades modernas, y para cambiarla no apelaron á los anárquicos medios de los sectarios, sino que comenzaron por barrer de sus almas todo desorden y pecado, y después hicieron con la sociedad lo que habían practicado consigo mismos. Este poder lo habían alcanzado en efecto del Sacramento del amor. ¡Ah! Es que este Sacramento, á no dudarlo, es remedio eficaz y único del desorden anarquista.

¿Quieren los francmasones... pero, qué voy á decir? Lucifer no tiene enmienda; los medios que le proponemos para salvarse son inútiles. ¿Sucederá esto mismo á una sociedad luciferiana que se basa en el odio sistemático á Jesucristo y á la autoridad civil? Podrá encontrar oportuno remedio en

(1) Act. 2, 44.

(2) Id. id. 45.

la Divina Hostia, siendo así que la Hostia Divina es para ella el objeto de todos sus sarcasmos, de todas sus violencias, de todos sus odios, de todos sus crímenes? ¿Querrá la Hostia santa ser antídoto de los que hacen profesión de abominar de Ella? ¿Pero, qué es lo que voy diciendo? Sí; Jesucristo, crucificado por una raza deicida de la cual son descendientes los masones, abrirá un día sus brazos para estrechar contra sí al pueblo israelita; mas no se portará así con la masonería concebida en el infierno que, puesto que se ha asociado la sombra y la nada, en la nada y en la sombra ha de perecer. Jesucristo Sacramentado no puede amar la masonería, pero no rechazará al masón que vuelva contrito á su Padre celestial, como no pudo rechazar al Pródigo Hijo del evangelio.

#### PARTE 2.<sup>a</sup>

II. Efecto necesario de los errores modernos es el mal-estar general que se nota en todas las clases sociales, en todas las instituciones, en todos los hombres y en las mismas entrañas de la sociedad. No hay para que formar difusa letanía de los males causados por dichos errores. En las calamidades públicas y en la conciencia de todos están para que podamos contemplarlos y enumerarlos con ojos bañados en lágrimas. Pero ya que no contar los males, debemos parar nuestra atención en un hecho singularísimo, mal por esencia y causa de los infinitos males que presenciamos. En efecto; todas las teorías absurdas, todos los sistemas heréticos, principalmente los modernos, han propendido siempre á conceder al hombre mayor libertad que la que en realidad debe gozar. Hermosa y amable es la libertad, pero que en tomando más de la necesaria, en haciendo mal uso de la misma, sucede lo que cuando se toman ciertos medicamentos, que si se usa de ellos cual se debe aprovechan y mejoran, pero en abusando de los mismos empeoran y matan. Dentro de la esfera del bien es el hombre absolutamente libre; pero, colocado entre el bien y el mal, entre lo lícito y lo ilícito, lo es relativamente al bien; y si llega á usar de la libertad para

el mal, este uso, convertido en abuso, le enferma y destruye. Ahora bien; todos los errores contemporáneos han hecho á cual mejor la apoteosis del abuso de la libertad, y sus mal llamadas conquistas las han también malamente apellidado derechos del hombre; y éste, sin examinar esos tristes derechos «pues también hay derechos para perderse y condenarse» se ha lanzado con ellos en medio de la sociedad, y los ha puesto en pronta ejecución; y ahora no me preguntéis cuál ha sido la causa inmediata de tantos odios y discusiones, trastornos y alzamientos, injusticias y crímenes, desolación y espanto, como hemos visto hasta hoy, porque no reconoce otra causa que el abuso de la libertad.

Sobre todas cosas, dividida la sociedad en clases, y más principalmente en ricos y pobres: aquéllos, en uso de esta libertad á la que llamaremos libertinaje, han querido explotar al pobre en beneficio propio; éstos, llevados de la misma teoría, y al sentirse gravemente oprimidos, pretenden sacudir el enorme peso que sobre sí gravita, y alzarse al nivel de los señores. Ésta es la enfermedad epidémica que, según el gran Donoso Cortés, ha contagiado á toda la Europa: enfermedad que se reduce á una sublevación universal de todos los que padecen hambre contra todos los que padecen hartura: si la guerra llega á estallar, añade este gran pensador, la victoria no puede ser dudosa, poniendo los ojos por una parte en el número de los hambrientos, y por otra en el número de los hartos. Efecto de esta general sublevación son los recelos, los temores, los sobresaltos, más dureza y más represión de parte de los patronos y de los ricos; y las esperanzas, la osadía, y más exigencia de parte de los obreros ó de los pobres. Añádase á esto la indiferencia criminal con que los llamados á establecer el orden y á hacer justicia miran estos asuntos, ó la ineficacia de sus remedios, y entonces se completará el cuadro del malestar social. No; no es necesario que retoque más este cuadro tristísimo, porque cada uno le ve y le observa bien. Lo que precisa absolutamente es, que cada uno de los hombres busquemos el remedio; porque no hemos, no, de estarnos

llorando como niños en medio de la calle, á la vista del mal que nos han causado; es preciso ser magnánimos, y acudir al lugar donde se halle el medicamento para aplicarlo.

**12.** ¿Queréis saber cuál es el lugar de la medicina? pues es la Iglesia católica. ¿Queréis averiguar cuál medicina es esa? pues es Jesucristo Sacramentado. ¿Queréis conocer finalmente el medio de aplicación? pues es oír y seguir á Jesucristo.

Quien busque este antídoto y le aplique, infaliblemente será curado. Lo más singular es que no existe otro remedio semejante; que todos los demás, sean cuales fueren, son ineficaces; y si la sociedad quiere verse curada de sus gravísimos errores y de sus terribles males, no tiene más remedio que volverse á Jesucristo, restablecerle en el trono de donde le arrojó, adorarle, inspirarse en sus máximas, y guardarlas fielmente. Yo no sé cómo existen hombres que, después de haber ensayado todos los medios humanos para la solución de estos terribles problemas; que después de haber andado por todos los caminos para llegar á la concordia y á la paz; que después de haber apurado las ciencias y los humanos conocimientos para el propio fin: yo no sé, repito, cómo hay hombres que todavía quieran devanarse más la inteligencia para hallar la solución de tales dificultades y conflictos, siendo así que por esos medios y por esos caminos la solución no llega, ni se espera llegue jamás. Jesucristo es solamente la solución de toda dificultad. *Solutio omnis difficultatis, Christus*, ha dicho el gran Tertuliano; y lo que este doctor eclesiástico pronunció en el siglo III de nuestra Era, ha sido confirmado por todos los hombres sensatos de todos los siglos siguientes. Sí; la solución de toda dificultad es Jesucristo. ¿Y dónde podremos hallar en la tierra la Humanidad de Jesucristo, sino en la augusta Eucaristía? Luego Jesucristo Sacramentado es el remedio de los males presentes. ¿Qué no?

**13.** Si el terrible problema obrero, si el triste problema agrario se han de solucionar á satisfacción de todos, y que esta satisfacción no sólo sea duradera y sencilla, sino además

de paz privada y pública, ha de ser tan sólo con la práctica constante de estas dos virtudes; con la caridad de los ricos y patronos y con la paciencia de los pobres ú obreros; éstos perdieron la virtud de la paciencia porque aquéllos resfriaron su caridad para con las clases menesterosas. Pero Jesucristo en el Sacramento es la caridad por esencia y la paciencia por antonomasia; aquélla es su vida sacramental, ésta constituye la razón de su constancia en la misma vida. El Divino Salvador obró todos sus misterios y todas sus maravillas por amor y con amor; pero en ninguna ha mostrado tanto su caridad inextinguible como en el misterio y en la maravilla del adorable Sacramento del altar, donde, efecto de un amor que raya en locura divina, se nos da en comida y bebida de nuestras almas. Y ama tanto en el Sacramento, que á todos requiere de esta manera: «Venid á mí todos los que estáis cargados y trabajados que yo os aliviaré» (1). Y por que acudan al trono de su misericordia los encorvados bajo el peso de las tribulaciones, está en el Sacramento día y noche, un mes y otro mes, un año y un siglo, y siempre hasta el fin de los tiempos, sufriendo silencioso las irreverencias de sus amigos y los desprecios, los sacrilegios y las blasfemias de los redimidos con su propia sangre. Ved aquí, pues, á Jesucristo Sacramentado modelo de los que sufren, convidando á los pobres y á los obreros á resignarse tranquilamente en sus trabajos; vedlo también modelo de los ricos que no tienen caridad invitándolos á cobrar amor á los pobres y desgraciados; vedlo, finalmente, modelo de todas las clases sociales, rogándolas á que acudan á su corazón donde hallarán el amor que necesitan para no metalizarse en las relaciones mutuas que cada uno debe guardar á su hermano. ¡Ah! ¡Si todos los hombres buscásemos para nuestro remedio á Jesucristo Sacramentado! Sin duda no hubiéramos empeorado tanto.

**14.** «Los hombres y los Estados, añade León XIII, (2) como necesariamente son de Dios, no pueden vivir, mover-

(1) Math. 11, 28.

(2) Encíclica sobre la S. Eucaristía.

se y producir obras buenas sino en Dios, mediante Jesucristo, por quien los tesoros más preciosos se han derramado y se derraman sobre el mundo. Principalmente, el origen de todos estos bienes es la Sagrada Eucaristía porque alimenta y fortifica la vida espiritual, cuya ausencia es tan penosa, y acrece maravillosamente la humana dignidad á que ahora vemos poner tanto precio. ¿Hay algo acaso más excelente y apetecible que ser cuanto es posible participante de la naturaleza divina y cuanto es posible quedar asociado á ella? Pues esto principalmente ejecuta por nosotros en la Eucaristía, Cristo, Señor N. mediante la cual se abraza y une estrechamente al hombre encumbrado por la acción de la gracia á la posesión de los tesoros divinos... En vano, añade, se busca remedio á los males presentes en el miedo al castigo y en los consejos de la prudencia humana; sólo se hallará en que las diferentes clases sociales queden unidas en la mutua prestación de servicios y en concordia que se funde en Dios y que produzca obras conformes con el espíritu fraternal y la caridad de Cristo...»

**15.** Mientras los hombres se amaron en Jesucristo, el mundo, en verdad, sufrió como ahora los rigores de las humanas miserias, pero las sufrió resignado; el termómetro, empero, de este amor creció á medida que los cristianos fueron más amantes de la Sagrada Eucaristía, visitándola y recibéndola sacramentalmente; y cuando aquéllos comulgaban á diario y pasaban también diariamente dulces ratos con Jesús Sacramentado, el termómetro sagrado del amor subió toda la espiritual escala, y se le vió descender á medida que la comunión fué menos frecuente, y se le vió llegar á cero grados cuando fué más rara, y se le vió ponerse bajo cero cuando fué nula ó despreciada. No extrañéis, pues, que hoy, que la Comunión divina está en general á cero grados, no exista entre los hombres el amor fraternal de Jesucristo; no extrañéis que, en consecuencia, las clases sociales se odien mutuamente; no extrañéis que, efecto de este odio á muerte, haya comenzado la guerra cruel entre altos y bajos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, para ser

unos de otros los verdugos desapiadados que Dios manda á los hombres en castigo de haberse apartado de su amor.

**16.** Sí; el remedio de los males presentes está en que los hombres vuelvan á calentarse en la fragua sacramental de Jesucristo. Espíritus fuertes, en quienes la duda, el escepticismo ó la negación se ha entronizado: si aspiráis á la luz, llegaos á Jesucristo Sacramentado, pues Él es el Misterio de la Fe que disipa las nieblas del error. Obreros de las fábricas, que con un pan malo y un triste jornal deslizáis vuestra existencia entre amarguras. Trabajadores del campo, que, tostados por el sol y calados por la lluvia, inclináis vuestras frentes al suelo sin que vuestra angustiosa situación de mejorarse acabe. Niños y mujeres, que, amarrados al potro de los talleres, consumís vuestros juveniles años sin conocer la alegría del hogar doméstico: ¿buscáis consuelo? ¿anheláis descanso? ¿apetecéis un jornal más subido? ¿queréis reintegrar vuestra dignidad hollada? Id en busca de Jesucristo Sacramentado que Él es la vida de las almas. Él os aliviará y accederá á vuestras justas peticiones. Nobles, que, fascinados por vuestra altura, miráis con desprecio á vuestros semejantes. Ricos, que, dominados por vuestros metales, sentís para con los pobres la frialdad de la muerte en vuestra alma. Patronos, que lamentáis la insubordinación de vuestros obreros: ¿queréis humildad? ¿deseáis un poco más de amor? ¿anheláis por la justicia? Id en busca de Jesucristo Sacramentado que Él es la Vida de las almas, Él os recreará y cumplirá vuestros deseos. Todos los que sufrís en este mundo los efectos del primer pecado, golpead las puertas del Sagrario para que os abra Jesucristo y os devuelva la felicidad santa que tanto deseáis. No hay duda; Jesucristo en el Sacramento del amor, por ser la luz, la verdad, el camino y la vida, es el antídoto soberano de los perniciosos errores modernos, y del malestar general de las sociedades contemporáneas.